

La educación del Príncipe*

Debo confesar que cuando se imaginó este curso, la idea de que yo dedicase mi conferencia a un tema como «la Educación del Príncipe», me llenó de gozo. Siempre me ha interesado, y si convenimos en que de la ejecutoria del Sumo Gobernante se deriven funestas o estimulantes consecuencias para los habitantes de la nación gobernada, el deseo de que tales secuelas sean agradables, brillantes, y no desventuradas, está escrito hasta en la carne de los ciudadanos, carne que, por qué no decirlo, con demasiada frecuencia ha salido y sale malparada de tales regimientos.

Pero al empezar a recopilar información, a releer ciertos textos que convenía refrescar, etc., sentí que era como si me adentrase en territorios de absoluta irrealidad. Pues la primera evidencia que regala nuestro mundo, y desde hace bastantes años (una linde sería la caída del *ancien regime* en 1789), es que, salvo contadas excepciones, no existe esa «educación del Príncipe», y que, cada día más, en un alarde de progresión, el número de incapaces, torpes, iletrados, cuando no indudablemente indignos, que detentan el poder va en aumento, sobre todo a partir del primer tercio de este siglo nuestro, y que las amenazas de desastre parecen ya incuestionables y éste indetenible.

Al mismo tiempo se me revelaba también de manera indudable que acaso jamás en el acontecer de los hombres ha sido tan necesaria la existencia de esos Príncipes educados. Pero lo quimérico de su existencia, médula de los sistemas políticos que afligen al mundo (acaso con la excepción, un tanto ignominiosa, sin embargo, de la URSS), reducía el tema a lo que puede parecer una nostálgica evocación sin sentido alguno.

Quiero por todo ello que no vean ustedes en mi disertación una invectiva contra los poderes constituidos en Occidente en general en los últimos casi doscientos años, ni una exaltación y urgencia de aquellos otros que provocaron la gloria de Grecia y la de tantos pueblos en diversos siglos, sino tan sólo la exposición sin duda inhábil de lo que los griegos pensaban en torno a tan delicado tema, y, si acaso, resaltar algunos rasgos de su legado que puedan servir si no ya de Norte, al menos de consuelo.

Quizás hubiese debido proveerme de las suficientes notas para no dejar a la improvisación tema tan arduo, pero ya saben ustedes que una tendencia muy a la moda solicita del conferenciante no el que considere razonable y serenamente este o aquel asunto, sino que aun con riesgo del equilibrio de su argumentación, divierta por su capacidad de palabreo; así que espero de mi memoria la suficiente viveza y de ustedes la adecuada tolerancia para que esta hora larga que debemos pasar juntos en esta hermosa sala no resulte intolerable.

* Transcripción de la conferencia pronunciada en el Curso «El legado del Mediterráneo» en la sede de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, en febrero de 1989.

El problema esencial que Grecia plantea, y por vez primera en la Historia, en el desarrollo del espíritu humano, es el de la Libertad, y la certidumbre de que el hombre influye en su Destino. Esto es: Grecia alza para siempre la individualidad del hombre. Y desde que Homero lo cantara en los versos imperecederos de su *Odisea*, no ha cesado esa visión de dar los más nobles frutos. Y el hombre participa en la construcción de ese Destino porque para los griegos, y, repito, por primera vez en la Historia, el hombre es libre de decidir entre el Bien y el Mal, y de mejorar a través de la educación. La educación influye en los gobernantes y éstos son quienes ejercen el poder, y el poder marca como a fuego nuestra vida. Todos los grandes pensadores, Píndaro o Platón, Teognis o Jenofonte, Isócrates, Tucídides y el gran Aristóteles, convienen en ello, como lo hicieron Solón y Hesiodo.

El problema de la conducta del Monarca y de su influencia en la gobernabilidad es algo que Isócrates, por ejemplo plantea ya de entrada en su soberbia meditación. El monarca es la cima, pero lo es cuando se ha legitimado en y por la *Areté*. El monarca es la imagen de una sociedad que tiende hacia una culminación. Homero ya había situado a sus héroes en la perspectiva de una meta determinada. Y esa meta es la que da sentido a su figura y a su época. Esa meta, la Hipótesis, es muy simple: que sus gobernantes sean más ricos, más fuertes como nación y que vivan, no sólo en el aspecto material, mejor, esto es: que tiendan a la Felicidad. Ese bien supremo es la Eudemonía, bien supremo objetivo. Y la virtud que precisa ese impulso hacia el Bien —y esto es válido tanto para el Príncipe como para sus súbditos— puede ser enseñada. Esa posibilidad de enseñanza es el corazón de un gran *Discurso* de Isócrates —titulado *A Nicocles*—, como lo había sido del pensamiento de Teognis. Es el mejor canto a la Inteligencia y al equilibrio del Bien, que debe prevalecer sobre las posibilidades de los perversos y los incapaces.

De cierta manera, aún cuando haya sido para negarlos (como sucede desde esa revolución burgués-proletaria que es el nazismo), los basamentos de nuestra sociedad siguen siendo aquellos que modelara Grecia y que luego, con la mixtura cristiana, forjaron al hombre occidental. Clemente de Alejandría ya dijo que nuestro río caudal original era griego.

El por qué en aquel reducido, pedregoso, inhóspito territorio, hombres que venían de mil caminos y razas, de Dios sabe dónde, pensaron, se hicieron por vez primera las grandes preguntas, y las respondieron con la altura y trascendencia con las que ellos lo hicieron, es un milagro, como acaso no lo es menos su enmudecimiento posterior. Pero lo miremos como lo miremos, lo que somos, o, mejor, lo mejor de lo que somos, sigue siendo lo que imaginó aquel griego que puso los cimientos de todas las ciencias, todas las artes y nuestro sentido moral.

Y esto no quiere decir que Grecia, a lo largo de su gesta no esté amojonada de profundos errores, crueldades, y en fin de todo lo que constituye el lado abominable de nuestro hacer en este mundo, pero ya desde su origen hay como un hilo exquisito de inteligencia, de magníficos objetivos, de la más eminente cultura, que atraviesa incólume hasta sus más profundos desvaríos y que por encima del apetito soez de sus masas y la vileza en ocasiones de sus dirigentes, ha permitido que sus creaciones se constituyeran en el más alto modelo de los siglos.

Y es aún el modelo porque posiblemente jamás en la Historia de la Humanidad, civilización alguna expresó de forma más perdurable su magisterio. Los griegos tenían un patrón: el Espíritu, que sitúa como meta no lo que se puede conseguir sino al amor que impulsa esa búsqueda.

Esa fue su lección, más allá incluso de los muchos descubrimientos que nos legaran, y sobre los que aún nos movemos. A Grecia le sucede como que al gran Shakespeare o a Tolstoi: sobreviven a cualquier traducción, a cualquier desvarío, a través de interpretaciones pervertidas.

Un escritor griego no sólo nos lega —o un médico, o un escultor, o un ceramista, o un arquitecto— no sólo —y sobre todo un político— no sólo, repito, la obra lograda, sino la viveza, la juventud espiritual que animaba su empeño. Repetimos a Grecia aunque la negamos, como esos médicos que practican abortos aún habiendo jurado la sentencia hipocrática; también la había jurado el Dr. Mengele que luego atormentaría en los campos de concentración nazis.

Los griegos construyeron su mundo con la limpieza, claridad y rotundidad con las que un joven atleta disparaba su flecha: perfecta la belleza del sujeto y directa, limpia la trayectoria. Sin nada que le sobre, exacta, justa, a la medida del hombre; una flecha que el hombre puede disparar. *A su medida*. Porque otra lección inmensa de Grecia es que todo es a la medida del espíritu del hombre.

¿Hay algo más simple y directo e imperecedero que el Partenón, por ejemplo? Recuerden ustedes los versos de la *Iliada*, ó el Templo de Poseidón en el Cabo Sunión, o el Santuario de Apolo de Figalia. Acaso eso sea el sentido de aquel final de Keats: *Beauty is truth, Truth is beauty*.

Con esa misma claridad y firmeza se plantearon el tema que viene a ser el contenido de esta conferencia mía de hoy. También su política es directa, esencial y, permítanme la expresión, muy griega por cierto, bella. Porque la belleza para el griego tiene una significación más profunda que para nosotros. Es guía de la vida, tanto en el arte como en los gestos de los hombres. Debe, han de ser bellos. Con esa medida y esa rotundidad, Grecia legó al mundo la expresión más justa de la Libertad, de la Justicia, de su administración práctica, de las complejas leyes del gobierno y de la Educación, *La Paideia*. Todo ello era presidido por la exigencia de verdad. Una verdad, como la belleza del arte o la perfección del cuerpo, o hasta los placeres de la carne y del espíritu, sin más justificación que su propio disfrute, como algo que solamente debe buscarse y practicarse por amor a ello mismo. Hasta los conceptos de piedad y misericordia —que tan suyos hacia el Cristianismo— son griegos, y lo fueron con su más noble acento de filantropía, sin los excesos ridículos que sucederían después. Y todo ello lo hicieron y nos lo entregaron con el más alto y noble de sus descubrimientos, que es lo que ciertamente constituye el helenismo: todo eso, esa *Areté*, es una cualidad del espíritu, y no pertenece sólo al griego, sino que es patrimonio de la Humanidad.

Recuerden ustedes que con Alejandro, el gran Alejandro, ser griego era poseer la cultura de Grecia.

Podemos decir —y no es una salida de tono ni una exageración —que la primera exigencia *sine qua non* de un político, y por supuesto no creo que los tiempos hayan desechado esa obligación (y más adelante tendré ocasión de referirme a qué sucede cuando

no es así) es que no es concebible sin una esmerada educación y una excelente cultura. Debe haber leído a los clásicos. Sí, no se rían ustedes, aunque comprendo que los ejemplos que tenemos ante los ojos todos los días en cualquier país, casi, sin excepciones, por desgracia, sugieren lo contrario. Pero notables precedentes lo aconsejan y si le sirve a alguien para reflexionar, yo mantendré que no sólo es absolutamente necesario, sino que no serlo resulta demasiado peligroso. Ni ayer ni hoy es concebible un gobernante que no haya meditado largamente al menos sobre la obra de Plutarco, Tácito, Suetonio, Polibio, Tucídides, Isócrates, y sin duda Maquiavelo y otros no menos notables historiadores y cronistas. Leído y meditado, y discutido, y aconsejándose de historiadores. Puesto que lo que un político hace es Historia necesita dominar su instrumento como sería inconcebible un arquitecto que desconociera la resistencia de los materiales o un pintor ignaro de las posibilidades de sus colores. Y eso es una parte de la educación, sobre la que volveremos.

El Gran Legado de Grecia a la política y a su eje, la educación del Príncipe, es, ya de inicio, haberla inventado. Quiero decir que con Grecia es la primera vez en la historia que los ciudadanos reflexionan en que son una comunidad y que esa comunidad ha de tener sus leyes, sus mecanismos, y que esos mecanismos pueden determinarse y son perfectibles. Y a esa tarea —qué gran ejemplo el *Ágora*— se consagraron en cuerpo y alma; a esa dedicación entregaron sus mejores esfuerzos hombres que jamás olvidaremos, pero también la suma de la ciudadanía griega innominada. La línea maestra de su pensamiento es el equilibrio. Ya la creación misma del ciudadano es la mejor prueba de este equilibrio: ni déspotas ni Horda: el ciudadano es la justa medida de la *Res Publica*. Y ese ciudadano solía ser un hombre equilibrado, y sumamente conservador de lo que el pasado había acreditado como bueno. Al mismo tiempo, ese conservadurismo no era una tumba. Había leyes no escritas que no podían transgredirse, porque estaban en la sangre, pero junto a ellas jamás el espíritu ciudadano ha sido más libre en su enjuiciamiento, en su análisis de la realidad; desde el implacable Tucídides al último ateniense. Odiaban las frases huecas, no hubieran entendido jamás lo que nuestras modernas sociedades alaban como zorrería política, pues desconfiaban de que ésta no escondiese sino carencia de inteligencia. Los griegos fueron grandes realistas, esto es, siempre tomaron el toro por los cuernos. Pactaron, sabían pactar, pero esos compromisos no fueron nunca formas zafias de ganar tiempo, sino retoques magistrales en su sistema de equilibrios. Y seguidores como siempre fueron de la máxima “El hombre es la medida de todas las cosas”, crearon política a esa escala, teniendo en cuenta sus cualidades, sus grandezas y sus miserias, su necesidad de libertad pero también su exigencia de orden, de limitaciones. No en vano, recuerden ustedes que la *Política* de Aristóteles se precede de un tratado de Ética. Y ese hombre medida de todas las cosas jamás vio tergiversada su verdadera naturaleza por la despreciable turbulencia de las ideologías.

Grecia alumbra un pensamiento político muy claro. Y de tal vigor que nacido para responder a los avatares de una realidad de hace más de 25 siglos, tenía en sí tan generosa semilla como para colmar primero al mundo romano y después al Cristiano y de la fusión de ambos a todo el espíritu europeo o lo que conocemos como Civilización Occidental, de la que ahora presenciamos su final.